

SUMARIO

Crónica general, por Niemand; pág. 49. — La Guerra, por E. P. Lauvot; pág. 52. — La Reconstitución (continuación), por don G. M. Seco, coronel de Infantería; pág. 55. — Inglaterra y el Transvaal (continuación), traducción por el señor Marqués de Zayas, comandante de Estado Mayor; pág. 60.

Pliegos 89 y 90 del tomo II del **DICCIONARIO DE CIENCIAS MILITARES**, por don Mariano Rubió y Bellvé, comandante de Ingenieros.

Pototskii: **TRATADO DE ARMAS PORTATILES Y DE TIRO**; pliegos 45 y 46. Traducción y ampliación por don Narciso Martínez Aloy, capitán de Infantería.

CRÓNICA GENERAL

PRÓLOGO DE UN ARTÍCULO.—PREMATURAS DEDUCCIONES DE LA GUERRA SUD AFRICANA.—LO QUE NO ES NUEVO Y LO QUE ES VIEJO.—LA PROTECCIÓN INDIRECTA EN FORTIFICACIÓN.—LA DEFENSIVA TÁCTICA.—QUIEN HACE LA GUERRA — LOS GRANDES DESCUBRIMIENTOS.

Hemos de empezar hoy esta crónica trazando á modo de un prólogo del artículo que con el título de *La Guerra* publica la REVISTA en este mismo número. La campaña de los ingleses en el Transvaal dará lugar á muchas discusiones, y de ella se deducirán indudables lecciones para el porvenir; pero nos hemos de poner en guardia, desde luego, contra algo de lo que relativo á dicha guerra se afirmó, so pena de que la lección, lejos de ser *positiva* y contribuir á la aclaración de ciertos puntos dudosos, resulte *negativa*, en el sentido de embrollar el ya de por sí bastante difícil arte de la guerra.

El artículo á que nos referimos, debió á E. P. Lauvot, y publicado por el *Diario de Barcelona*, y sin duda por otros periódicos, ha llamado bastante la atención del público y de muchos militares. Las opiniones en él estampadas de un hombre que, como le sucede á Archibaldo Forbes, ha presenciado como militar y como corresponsal periodista, muchas campañas, no dejan de tener valor, y como están expresadas en un lenguaje que tiende á arrastrar la imaginación, resulta que pueden tener influencia en las *masas*, y las *masas* son hoy temibles, porque generalmente deciden y sentencian en primera instancia, sin detenerse á meditar ni razonar.

Archibaldo Forbes hizo hace años afirmaciones concretas respectó á la fortificación y á la táctica; tan concretas, que á muchos les parecerán leyes incontrovertibles; á otros, novedades grandes, manifestaciones de una clarividencia extraordinaria que permite leer el porvenir. En uno y otro concepto, hay que rebajar, como siempre, algo de la leyenda.

Lo que dice en materia de fortificación, no sólo no es nuevo, sino que es, desde ya larga fecha, el *credo* de la fortificación de campaña. Lo era antes que lo escribiese Forbes, lo era también antes que los alemanes declarasen en su *Reglamento para los trabajos de fortificación de campaña* (publicado hace mucho tiempo en la REVISTA), que la protección indirecta, la invisibilidad y la dispersión de las obras eran fundamentales en la construcción de las obras defen-

sivas del campo de batalla; lo era desde que los ejércitos adquirieron el armamento moderno, llámase fusil, llámase cañón. En nuestro propio país se han sostenido los mismos principios en libros de carácter técnico, escritos antes que Forbes diese á conocer sus ideas; y se han defendido no sólo por lo que se refiere á la fortificación de campaña, sino también aplicándolos á la permanente. Así, las fortalezas del porvenir pueden no ser precisamente como las de los boers, sino aun mejores que las de los boers, ya que á la invisibilidad, á la protección indirecta que avaloran éstas, pueden añadir la resistencia de lo fabricado con calma y amplitud de medios.

En el campo de la táctica, la defensiva es, ha sido y será siempre más cómoda, más fuerte, menos peligrosa que la ofensiva. Ya en la guerra de 1870-71, los alemanes tuvieron en casi todos los combates más bajas que los franceses, pues los primeros tuvieron que tomar, *gastando mucha sangre*, los parajes en que los segundos se habían hecho fuertes. Forbes habla de la táctica como si en la guerra no hubiese algo más que ella; pero, no debe olvidar que la táctica es como el desenlace de un drama. El distinguido escritor nos habló del desenlace sin explicar el nudo, la trama, y así, naturalmente, sale lo que él quiere.

Si la guerra presentara siempre el carácter de un dilema; esto es, tomar una posición, ó abandonar la lucha, puede ser que Forbes tuviera razón; pero la estrategia explica y la historia demuestra, que es posible realizar grandes empresas militares sin lanzarse ciegamente al asalto de posiciones fortísimas. Por esto es difícil el arte militar, y grande la misión de un general en jefe, porque no hay una, sino muchas maneras de llevar á cabo una campaña. A veces, la ejecución de un plan exige, en el campo de batalla, realizar un extraordinario esfuerzo para tomar una posición; pero, fuera de estos casos, la habilidad consiste en llegar al campo de batalla, no para estarse un par de meses viendo por donde se acometerá al enemigo, sino para anonadar á éste, por medio de la superioridad lelizmente preparada y conseguida.



La batalla es, efectivamente, el corolario de premisas muy complejas. La batalla puede ganarse ó perderse por aciertos ó errores del momento, pero casi siempre su resultado depende de hechos anteriores á su desarrollo: la preparación para la guerra, la moral de las tropas, la inteligencia de los caudillos, la instrucción de los jefes subalternos, todos los factores que forman la *eficacia* de un ejército juegan en ella, y todos esos factores son anteriores á la batalla misma. Hoy hemos visto á Buller, en el Africa central, detenido ante los *boers*, y nos dicen que el hecho estaba previsto. Pero, en realidad, ¿qué es lo que estaba previsto? ¿Que no se invadirán territorios, que no se ganarán guerras de conquista, que las armas modernas han hecho para siempre fuerte al débil? No hablemos de esto nosotros, los españoles, armados de Mausers hasta los dientes.

¿Es que se quiere haber previsto que con una buena arma *se puede* defender tenazmente una posición? Esto sería el colmo de la vulgaridad: toda la historia de la guerra proclama este principio, y Troya, Sagunto, Numancia, Covadonga, Torres Vedras, Zaragoza, Gerona, Baler, y otros mil nombres lo demuestran para todos los casos y todas las armas, tanto si los combatientes usaban piedras,

como si fusiles de repetición; tanto si se trataba de sólidas fortificaciones permanentes, como de deleznablez atrincheramientos de campaña (1).

*
* *

Jamás debe olvidarse que la guerra la hacen LOS HOMBRES, *con las armas, sobre el terreno*. No se puede prescindir de ninguno de los términos, ni negar al primero su supremacía. La campaña del Cabo lo pone de manifiesto: son los *boers*, archipreparados, hartos de comprar durante muchos años infinidad de pianos (léase grandes cajas de pertrechos), los que han tenido hasta hoy en jaque á los ingleses. Imaginad á éstos representados por un ejército sólido, no allegadizo, bien instruido, dotado de todos los elementos necesarios, y sobre todo, bien dirigido, y figuraos también que este ejército, marchando unido, hubieran aplastado á los *boers*. Entonces, á pesar de ser los hechos distintos, no hubieran dejado de leerse previsiones póstumas. Y es natural, la guerra tiene generalmente, una de dos soluciones: ganar ó perder, y entre los que indican previamente cualquiera de estos resultados, son muchos los que aciertan y muchos los que no aciertan.

La guerra del Transvaal enseñará mucho, según hemos dicho al principio; pero guardémonos de que nos enseñe demasiado: es tan vieja la guerra, que *todo se halla ya escrito y discutido en su historia*. De muchas afirmaciones que lean nuestros lectores deben hacer el mismo caso que hicieron los franceses de Dumas, cuando descubrió el Mediterráneo: no negar el descubrimiento, pero tampoco elevar por él una estatua á su autor.

NIEMAND.

15 de febrero de 1900.

(1) Aludiendo á este mismo asunto, el *Diario de Barcelona*, en uno de los interesantísimos artículos que, sobre la guerra anglo boer, publica con la firma B, perfectamente conocida por los lectores de la REVISTA, dice lo siguiente:

«Las tropas inglesas que operan en el valle del *Tugela* se hallan, como ya indicamos en otra ocasión, en situación parecida á la del ejército que desde el valle del Somorrostro intentó el socorro de Bilbao. Tanto el ataque del general Moriones, como los que bajo la dirección del general Serrano se llevaron á cabo, fracasaron, ocasionando bajas numerosísimas. Advértase que entonces no se empleaban aún las armas repetidoras de pequeño calibre y por consiguiente los famosos pronósticos de M. Archibald Forbes, respecto á la superioridad de la defensiva, parecieron ya realizados.

Esta cantinela de imposibilidad de atacar posiciones defendidas con armas perfeccionadas se ha repetido cuantas veces el armamento ha sufrido alguna modificación importante; pero ha bastado que un general dotado de verdadero talento obtuviera éxito decisivo, aplicando inteligentemente la ofensiva, para probar lo erróneo de tal aserto. Después de Somorrostro, el marqués del Duero demostró prácticamente que era posible obligar á los carlistas á que levantaran el sitio de Bilbao, sin necesidad de empeñarse en derramar sangre inútilmente. Veremos si los ingleses encuentran ahora un general Concha, ó si siguen empeñados en avanzar por donde resulte la marcha más difícil, en cuyo caso las operaciones para levantar el cerco de *Ladysmith* les costarán un número de bajas superior al de la guaruición que intentan socorrer.»

LA GUERRA

En su discurso dijo lord Roseberry que Inglaterra, aleccionada por la experiencia, debía proceder á una reorganización científica de su ejército. Lamentó que se haya dormido en una creencia optimista, cuyo despertar ha sido doloroso.

Sin embargo, no le han faltado á Inglaterra advertencias, y ha estado tan descuidada como Francia antes de emprender la guerra de 1870 contra Alemania.

Uno de sus corresponsales militares, el más célebre, fué quien en 1891, en la *Nineteenth Century*, les decía cuáles serían las condiciones de la guerra del porvenir.

He ahí en qué términos hablaba entonces el periódico *Le Temps* de la competencia de Archibaldo Forbes, autor de aquel estudio:

«M. Archibaldo Forbes, actualmente en situación de reserva á causa de enfermedad contraída en el servicio, no deja de ser uno de los jueces más competentes en materia de estrategia. Todas las guerras del último tercio de este siglo las ha seguido paso á paso, las ha estudiado, y las ha comentado. Sucesivamente ha acompañado los ejércitos de Austria, Alemania, Francia, los del Czar y del Sultán, sin contar los de su propio país y de los adversarios multicolores que ha encontrado en Asia y Africa. Ha visto funcionar los modelos modernos de fusiles y cañones. Ha estudiado las tácticas en el campo de batalla. Es un escritor maestro y al mismo tiempo un soldado y un crítico. Puede decirse que su experiencia es única. Cuando tal hombre presenta sus conclusiones, ó solamente sus hipótesis, sobre lo que será la guerra en lo porvenir, sus palabras tienen una autoridad especial que llama la atención.»

La táctica adoptada por los boers contra las tropas inglesas parece estar inspirada por Archibaldo Forbes, y los fracasos de los generales White, Methuen y Buller reconocen su causa en la inobservancia de las reglas que formuló y que no han sido atendidas.

A su entender, se ha verificado una revolución profunda en la táctica, á consecuencia de la adopción del fusil de repetición, de las ametralladoras de disparo continuo, y de los cañones de tiro rápido. Menos importancia tiene la pólvora sin humo, excepto en las operaciones de sitio. En campo raso, en efecto, es raro que la infantería y la artillería entren en juego fuera del alcance de la vista del enemigo. Cuando un ejército empieza el fuego, sus posiciones pueden ser divisadas casi siempre con anteojo, sea cual fuere la clase de pólvora que emplee. Hasta puede creerse que la nueva pólvora llegará á ser causa de inferioridad en la ofensiva. Detrás de una cortina de humo, el soldado que espera el ataque se siente hasta cierto punto protegido contra el fuego de las líneas enemigas.

Verdad es que esta misma cortina le impide divisar á sus adversarios; pero esto le inquieta poco cuando ataca. En tesis general, puede decirse que la pólvora sin humo es un factor favorable á la defensa.

«Pues bien, dice M. Archibaldo Forbes, este es precisamente un carácter común á todas las innovaciones introducidas desde hace medio siglo en el armamento de los pueblos civilizados: *hacen la ofensiva cada vez más difícil ó peligrosa, y tienden, en consecuencia, á reforzar la defensiva.* En otros términos,

«aumentan las probabilidades de la nación invadida contra el ejército invasor.»

Chamberlain hubiera tenido que meditar mucho estas apreciaciones de su compatriota, quien parecía predecir cuál sería el resultado de la guerra de Inglaterra contra el Transvaal.

He ahí otro extracto más concluyente y que parece escrito en los campos de batalla del Tugela.

«Podemos representarnos á las tropas de la defensa escogiendo su posición para interceptar el paso á los invasores y fortificándola con trincheras por el frente, y por el flanco con trincheras, cañones, y ametralladoras. El enemigo está obligado á atacar. No puede envolver la posición ni poner en peligro su propia línea de comunicación. Hele ahí, pues, ofreciendo al enemigo, según la fórmula habitual, su frente y su flanco. Pues bien, desde los primeros pasos se apercibirá de que la tarea es mucho más espinosa que en tiempo de la guerra franco-alemana. Los fusiles tienen mayor alcance. La artillería da más en el blanco y con mayor rapidez; forzoso será, pues, adoptar el despliegue en guerrillas á mayor distancia (cosa que los ingleses practican). Ciertamente posee también estas armas perfeccionadas, pero no le prestan el mismo servicio. Cuando las baterías de campaña tienen que cambiar de emplazamiento, se ven obligadas á sufrir el fuego del enemigo. La infantería no puede disparar corriendo, y tiene que arrojarse al suelo para recobrar el aliento, pues no haría buena puntería en estado de fatiga. Añádase que los blancos vivientes están parcialmente cubiertos; que los defensores, alineados detrás de sus trincheras, no están fatigados y disparan cómodamente; que los buenos fusiles tienen preferencia... Todo esto no hace muy agradable la situación de los artilleros puestos al descubierto y de la infantería desplegada en guerrillas:»

Sin embargo, los cañones de tiro rápido de los defensores prosiguen metódicamente su obra. En este caso, ni los artilleros ni los infantes tienen que preocuparse en reponer sus municiones, ni tienen que economizarlas (cosa que los boers hacen concienzudamente), mientras que esto es una preocupación constante en las líneas de ataque.

Después de haber citado lo que pasó en el período de la guerra franco prusiana, que comprende desde Spicheren hasta Sedan, M. Forbes dice, explicando el motivo:

«Un ejército armado de chassepot podía esperar con confianza el ataque de un enemigo armado análogamente; con el fusil de repetición ya no es la confianza sino la alegría la que sentirá el defensor, pues tendrá en sus manos (¡atención! como se dice en el Parlamento inglés) una máquina contra la cual *no puede prevalecer ningún ataque.*

Para comprenderlo, dice, basta figurarse lo que será un ataque final. Supongamos que la línea de ataque ha llegado á ciento cincuenta metros de la línea de defensa; llega allí ametrallada, diezmada, reducida á una fracción de su efectivo (¡pobres higlanders!); pero la suponemos animada por el fuego sacro de las batallas y decidida á vencer. Se arroja en tierra para tomar aliento, y pronto circula de boca en boca la orden de ataque; los oficiales se ponen en pie, levantan sus espadas y gritan: «¡Adelante!» Los soldados se lanzan y todo el esfuerzo se concentra en un punto determinado.

Pero en los ciento cincuenta metros que se han de franquear, ya no es una

lluvia de balas lo que detiene á estos héroes, es un verdadero muro metálico que mana como una catarata. El depósito de los fusiles de los defensores se vacía rápidamente; pero se vuelve á llenar inmediatamente; las ametralladoras Maxim vomitan con aterradora rapidez cadenas sin fin de lingotes de plomo; los cañones de tiro rápido escupen nubes de metralla; los asaltantes son segados, no por una hoz sencilla, sino por una segadora de vapor. Ni un solo hombre—*ni uno solo*— puede llegar á la trinchera detrás de la cual se ocultan los defensores. El ataque ha fracasado, no por falta de valor, de esfuerzos metódicos ni de ejecución rigurosa de las últimas instrucciones recibidas, sino *porque la defensa—la defensa del porvenir—es más fuerte que el ataque.*»

Aprovechémonos los franceses de las conclusiones del estudio del experto crítico inglés para organizar la defensa de nuestras fronteras.

«En lo sucesivo la ventaja será para la nación invadida, y se verá á menudo el espectáculo de dos ejércitos observándose durante meses sin chocar hasta que el invasor, cansado de la inacción, se vuelva á su país.»

Sigan, pues, los ingleses el consejo de su compatriota y no se empeñen en una guerra tan injusta como peligrosa para ellos.

Respecto á la caballería, Archibaldo Forbes previó igualmente lo que sucede en el Transvaal.

«Con el fusil de repetición, el papel de la caballería ha acabado, al menos en batalla campal.»

Después de hacer constar que en la famosa carga de Von Bredow en Mars-la-Tour, la caballería, afrontando el fuego de toda una división francesa, no perdió más que 50 hombres, dice que esto no se verá más y que no hay caballería que pueda afrontar las armas de repetición.

«Las fortificaciones propiamente dichas, añade para terminar, están igualmente destinadas á convertirse en antiguallas», y las fortalezas del porvenir, que describo, son precisamente la descripción de los trabajos de defensa de los boers.

»La fortaleza del porvenir será seguramente un simple campamento atrincherado y provisto de casamatas para prolongadas líneas de combatientes. Las defensas estarán constituidas por círculos de reductos permanentes á la distancia de dos ó tres mil metros, reductos invisibles á regular distancia y armados con ametralladoras de tiro rápido...

»El complemento definitivo de estas obras será una artillería móvil sobre rails y reforzada por baterías de campaña para los puestos avanzados y los intervalos de los reductos. Los trabajos y obstáculos exteriores, colocados lo más lejos posible, transformarán todos estos puestos en otros tantos Plewnas inexpugnables.»

He ahí lo que explica por qué los boers no asaltan a Ladysmith y por qué su línea de defensa sobre el Tugela desafia los ataques del ejército de auxilio.

Ladysmith ha de sucumbir por agotamiento de sus municiones, de víveres, y por enfermedades resultantes, más que por el efecto de las granadas que caen sobre la ciudad.

Aprovechémonos de estas lecciones. Por esto el estudio de Archibaldo Forbes, que data de diez años, es bueno de recordar, y tenemos la convicción de que este extracto habrá interesado á nuestros lectores.

E. P. LAUVOT.

LA RECONSTITUCION

(Continuación.)

La talla da lugar también á engaños, habiendo quien se pasa la vida estudiando la posición que le permite encogerse, sin que se note; antes de la medición, se camina durante muchas horas, se bebe mucho aguardiente, se evita todo descanso; y si esto no es bastante para disminuir cuatro ó cinco centímetros, queda la esperanza de que los talladores reciban un puñado de monedas, y permitan tomar una posición indebida. Esto da origen á que los gobiernos rebajen la talla hasta un límite que es incompatible con las necesidades del servicio militar.

La teoría de que la estatura no tiene que ver con el valor resulta absurda, porque el hombre que ha de batirse necesita tener aptitud para ello, poder llevar el equipo, manejar sus armas y resistir la fatiga. Veinte centímetros de diferencia en el alcance de la estocada, hacen casi imposible el combate al arma blanca; la posición de apuntar es más violenta para el tirador, á medida que éste es más bajo; la cortedad de las piernas obliga á duplicar la fatiga, al duplicar el número de pasos, en distancias iguales; no es posible manejar el cuerpo de un herido, ni montar á caballo, ni cargar el material en las acémilas, ni desempeñar ningún servicio esencial ni auxiliar, cuando faltan la estatura y el desarrollo propios de la raza humana.

El egoísmo de las clases pudientes da al traste con la absoluta justicia que es indispensable para sostener la disciplina y la moral de los ejércitos, pues inventa la redención á metálico, el voluntariado en condiciones privilegiadas y la exención de muchos servicios con autorización de la ley; y, á espaldas de ésta, las irresistibles influencias y recomendaciones de los poderosos hacen que domine en todo la más increíble parcialidad, resultando que la parcialidad de la ley se refleja, ampliándose, en las costumbres.

Los expedientes de fuga, desertión, excepción y exclusión, y los procedimientos contra los encargados de la ejecución de la ley que se incoan ó revisan anualmente, donde impera este sistema, se elevan (por lo menos) al 2 por 100 de la población total; ó sean *cuatrocientos mil*, para una nación de veinte millones de almas. Con esto se protege toda clase de industrias *escriptorias*, el desarrollo del pólipo burocrático y la despoblación del territorio, á causa de la emigración, sin contar los progresos de la inmoralidad.

Tal sistema es suficiente para debilitar y pervertir á las naciones más florecientes.

Hasta ahora he hablado en general, de otras regiones; pero, refiriéndome á España, no quiero emitir mi opinión, bastando con aceptar la del jefe que, con aprobación y recomendación del Ministerio de la Guerra, viene publicando Apéndices anuales á la Ley de reclutamiento: este señor dice, en su último Apéndice, que *el sistema no da todos sus frutos, por culpa de influencias interpuestas por funcionarios faltos en absoluto de sentido moral*. Ya comprenderán los lectores que me guardaré muy bien de desmentir afirmaciones que han recibido la sanción del Ministerio en Real orden vigente.

Dejando de ocuparnos de España, y volviendo á generalizar mis observacio-

nes, diré que, cuando la pobreza, la cortedad de talla, las enfermedades del recluta y de su familia, ciertas ó falsas, con auxilio de recomendaciones, mentiras y enredos, no consiguen que deje de declararse soldado al pacífico ciudadano que ha demostrado sus cualidades belicosas, en el mero hecho de recurrir á toda clase de vilezas para renunciar el honor de vestir el uniforme, el interesado, con el corazón lleno de amargura, entra en el servicio en condiciones de absoluta incompatibilidad, primero, porque en su pueblo, desde que tuvo uso de razón, se habituó á las ideas de indisciplina de una democracia mal entendida, que nunca le permitieron respetar á sus padres, al alcalde, al cura y al maestro, y que no es fácil que le permitan respetar (si no es en la apariencia y por la fuerza) á sus superiores militares; segundo, porque igualmente se habituó á las utopías de los cosmopolitas humanitarios, enemigos de la guerra, que no saben distinguir una aspiración, exclusivamente ideal y generosa, de un hecho que nos obliga á defendernos, espada en mano, del enemigo que nos acomete; tercero, porque la falta de costumbre del peligro disminuye el valor físico (hablando en general) en las naciones pacíficas; cuarto, porque en los países civilizados se come mejor, se suple la fuerza del hombre con la de la máquina, y se pierde la aptitud para sufrir grandes privaciones y grandes fatigas.

De *Las Memorias de Gorón, Jefe de la Policía de París* (folletín de *La Correspondencia de España*) tomo el siguiente trozo del interrogatorio de un ladrón, anarquista y ex-soldado; por la última contestación podrán juzgar los lectores el estado de ánimo en que llegan á las filas ciertos filósofos populares, y de la imposibilidad de infundirles el espíritu militar:

«*Duval.*—Agredí á Rossignol, y cayó y siento que el borde de la acera me hiciera caer también. A no ser por esto, jamás me hubieran cogido vivo; jamás vuestros mercenarios me hubieran puesto la mano encima. ¡Yo soy un rebelde! ¡Yo tengo el derecho de serlo! ¡Yo tengo el deber de serlo!

»*Presidente.*—Todo esto no son más que frases. El señor fiscal le dirá que es usted un ladrón vulgar.

»*Duval.*—Yo voy á decir lo que es un ladrón. Es el que vive de la explotación de sus semejantes. Lo que yo he hecho no se llama un robo, sino una restitución.

»*Presidente.*—Se le señala á usted como á un holgazán; ¿no trabajaba nunca?

«*Duval.*—¿Trabajar? ¡Ah! ¡Ya he trabajado bastante para los bandidos!

»*Presidente.*—Como soldado no ha tenido mejor conducta, puesto que ha sido usted despojado de los galones de cabo.

«*Duval.*—Porque lo mismo entonces que hoy, yo no me he considerado investido de autoridad, y he sido castigado por no reconocer en mí mismo el derecho de castigar á los otros.»

Esta última contestación nos hace comprender cual es el resultado de las modernas *levas generales* (nombre que con todo rigor se las debe dar), en lo relativo al espíritu militar, pues sabemos que, en todos los Estados modernos, existen grandes regiones en que predominan las ideas democráticas, socialistas y anarquistas, incompatibles con la verdadera disciplina de un ejército.

Ya sé que los oficiales y los pueblos de toda Europa se fundan en la mayor disciplina aparente de los reclutas forzosos, para preferirlos á los soldados de profesión. Efectivamente, el verdadero espíritu militar, contiene siempre algo de

turbulento, pues sólo en contado número de oficiales, adornados de cualidades extraordinarias, es posible hallar reunidos el indómito valor y la exquisita prudencia: el soldado verdaderamente bravo, joven, impetuoso, apasionado, y, tal vez, con una educación incompleta desde la infancia, es indócil, nó para la disciplina militar, sino para la disciplina social, que quebranta con sus embriagueces, con sus juegos de azar, con sus duelos sangrientos y con sus ruidosos amores; además, teniendo la conciencia del contrato de su enganche, es difícil que se avenga al cumplimiento de órdenes abusivas, ajenas al servicio; y no es posible hallar en él la absoluta sumisión que muchos desean; pero estima á sus compañeros, confía en sus jefes (si lo merecen), y, por su conocimiento del oficio, observa la disciplina del combate, que es la que se debe buscar, para obtener la victoria.

Sé, también, que los voluntarios han solido dar mal resultado en España y en otras naciones; pero esto ha consistido en causas muy fáciles de observar, para quien no posea un espíritu demasiado frívolo.

Generalmente, los voluntarios han sido del género de los que he llamado *de ocasión*; y esto es suficiente, para que fuesen malos; pero, no es esto sólo: en otros tiempos la profesión militar obtenía el respeto de los hombres y la simpatía de las mujeres; si no era bien pagada, el valor triunfante se cobraba en el saqueo del enemigo; pero, hoy, la profesión está decaída por las pocas simpatías que obtiene en pueblos pacíficos; y el saqueo sigue practicándose, bajo el nombre de indemnización de guerra; pero, para beneficio del tesoro y del contribuyente, que no aumentan el salario del que arriesga su vida por defenderlos. En tales condiciones, para perder la libertad, para someterse á toda clase de peligros, fatigas y privaciones, teniendo por recompensa su plato de habichuelas, es claro que los voluntarios que se hallen, serán, con raras excepciones, hambrientos y mendigos, á quienes falte audacia para robar el pan que necesiten; y basta que les falte audacia, para que no sean buenos soldados.

Cuando se les paga bien (Guardias Reales, Alabarderos, Guardia civil, etc.) pueden ser, todavía, excelentes; y lo son, de hecho, si no se comete el error de emplearlos en servicios para los cuales no fueron preparados; por ejemplo, el despliegue en guerrilla, de un regimiento de artillería; ó el combate en orden cerrado, de un tercio de Guardia civil; absurdos que se han visto en nuestras guerras, y que pueden poner en ridículo á una tropa, forzosa ó voluntaria, por buena que sea, pues el soldado no tiene capacidad para ejecutar lo que no se le ha enseñado.

Indudablemente, los ejércitos de reclutas forzosos, elegidos á la suerte en naciones pacíficas, carecen de aquella turbulencia, y poseen gran disciplina social, juntamente con la mayor docilidad posible, durante la paz; y esto obedece á dos causas: la falta del turbulento espíritu militar, por efecto de las costumbres pacíficas; y el deseo de regresar pronto al hogar, sin procesos ni castigos, que prolonguen la estancia en la odiada profesión; pero esto no quiere decir que se ame á la bandera, discutida en el club político; ni que se respete al jefe ridiculizado en el periódico; ni que se adquieran con gusto las enseñanzas militares que se suponen sin importancia ante el número; ni que se posea la solidez y la consistencia en el combate, propias de las tropas de superior calidad. Y, como faltan estas cuatro piedras angulares de la verdadera disciplina militar, de

nada sirve en la guerra, esa sorprendente disciplina social, que ha llegado á conseguirse en las tropas procedentes del sorteo, hasta el punto de que en las cuestiones entre los soldados y paisanos, por mucha razón que asista á los primeros, éstos son siempre sacrificados, sin protesta por su parte.

La profesión de soldado es una de las más difíciles, necesita larga práctica y cualidades nativas: el valor y la serenidad en el peligro; la abnegación para sufrir fatigas y privaciones, sin perder el espíritu militar con una resignación apática y afeminada. muy distinta de la viril perseverancia; la maestría en el manejo de las armas, que da la seguridad de la victoria; el vigor físico que jamás se rinde al cansancio; la astucia para prevenirse contra el enemigo, y la sagacidad para explorar sus intenciones y sus maniobras: tales son en conjunto esas cualidades, tan difíciles de obtener en un solo hombre, como las que se necesitan para formar un astrónomo ó un ingeniero, porque el valor estoico, la abnegación y la sagacidad son cualidades tan raras como la inteligencia; y, para adquirir el vigor y la superioridad en el manejo de las armas y en la fatiga de la guerra, se necesitan tantos años, como para estudiar una ciencia difícil.

Y ¿en qué cabeza humana cupo nunca la idea de proporcionarse cientos de miles de ingenieros, ó de astrónomos, por medio del sorteo ó de la leva?

Sin embargo, en Europa, los paisanos y los oficiales, de común acuerdo, optan por el sorteo; pero tienen sus razones egoístas para ello, si bien he de salvar numerosas excepciones de personas que de buena fe incurrían en este error.

Los paisanos prefieren la recluta forzosa, por mezquindad; es decir, por imponer al soldado un jornal absolutamente despreciable, y por temor á la turbulencia de los soldados de profesión.

Los oficiales, aburridos de que se les exija injusta y continua responsabilidad (por imposición del elemento civil) en todas las acciones de la tropa, cuando sale del cuartel, han llegado á preferir los pseudo-soldados, que, cual castísimas vírgenes, van por las calles, con los ojos bajos, sin atreverse á mirar á una mujer ni á disputer la acera al gañán que se la quita: así van los marineros italianos, haciendo más notable la indisciplina social de la extensa marinería inglesa, conocida, como nuestros antiguos tercios, en las cinco partes del mundo, por sus riñas, por sus escándalos, y también por sus victorias; porque, lo repito una y cien veces, la disciplina social es muy distinta de la disciplina militar.

Pero, en mi sentir, el preferir el soldado sorteado al voluntario, nada más que porque éste es turbulento y se necesita mano de acero para dominarlo, es lo mismo que si mojásemos la pólvora, porque es explosiva: el soldado dulce y apático, y la pólvora mojada, no sirven para batirse.

A ver qué sucedió á aquellos ciento ochenta mil alemanes, constantemente victoriosos, que en Gravelotte se dejaron dominar por el pánico, á consecuencia de un ataque aislado de dos brigadas francesas, hasta el punto de que hubieran sido vencidos por fuerzas inferiores, si el ataque hubiera sido secundado. Esto jamás ha ocurrido con soldados verdaderos. Nuestros tercios, lo mismo en la época de su auge que en la de su decadencia, se dejaban despedazar, igualmente en Rocroy y Lens, que en las Dunas y Fleurus, sin abandonar el campo de batalla.

Pero ¡á cuántas locuras nos arrastra el espíritu de imitación!

Se nos dice que el espíritu militar de los oficiales y una instrucción constan-

te pueden crear en todos los hombres útiles de una nación las cualidades necesarias para que todo ciudadano sea buen soldado. Ya he hablado algo sobre esto, pero no importa que repita las ideas: no hay espíritu militar que convierta un anarquista en buen soldado, como no hay espíritu eclesiástico que convierta un ateo en buen sacerdote. Las virtudes militares no se infunden, como no se infunde la inteligencia para profundos estudios científicos: hay cualidades nativas que el arte nunca suple.

La instrucción de los grandes ejércitos forzosos es... ¿me atreveré á decirlo? ¡Es una broma!

Y pongamos por modelo al ejército alemán.

Para que un alumno se instruya bien, lo primero es que quiera instruirse, lo cual no sucede con el recluta forzoso.

Lo segundo que se necesita es gastar mucho, si la instrucción es costosa; y como para curtir una tropa en la vida de campaña se ha de alimentarla bien y destrozarse mucha ropa en el vivac, y mucho calzado en los caminos; y como para hacer un tirador ha de proporcionársele una dotación de dos ó tres millares de cartuchos al año, no hay nación, inclusa Alemania, con sus brillantes y poco útiles maniobras y con su minuciosa *instrucción del recluta*, que consiga, ni aproximadamente, el objeto propuesto.

La enseñanza en Europa se reduce á unos cuantos movimientos uniformes y á unos cuantos vistosos simulacros, que forman las delicias de los gacetilleros.

La uniformidad en el manejo del arma, se dice que es fundamento de la disciplina; para obtenerla, se necesita una constancia tan inútil como fatigosa, y una gran dureza en los castigos; por lo tanto, irrita á los soldados y á los espectadores, y es causa de continuos disgustos para los subalternos; pero, el peor de los daños que causa, consiste en que hace nacer ideas frívolas en los espíritus militares, haciéndoles sacrificar lo útil á lo vistoso, en la creencia de que el mérito de la carrera se cifra en teatrales exhibiciones.

Las grandes maniobras, figurando campañas y batallas (simulacros en grande escala), con sus jueces de campo, no llenan más objeto que preconizar las excelencias del número y fomentar la cobardía (1).

Voy á explicarme: en ellas se considera que es vencido el que ataca una posición difícil con fuerza insuficiente; el que se deja alcanzar por fuerzas superiores; el que desemboca por un desfiladero ante el centro del ejército enemigo. No se admiten como verosímiles los hechos ocurridos: en las grandes y teatrales maniobras, treinta y seis mil macedonios no vencieron á millones de persas; ocho mil ingleses no se abrieron paso entre ochenta mil franceses; los tercios de Flandes no acometían por un dique al ejército enemigo; Corcuera y Hernán Cortés son pura fábula; Alejandro y César, embustes de la Historia; los mambises no hicieron tres años de guerra contra España, ni quince mil yanquis desembarcaron en Cuba (2).

G. M. SECO.

Coronel de infantería.

(Continuará.)

(1) Por esta vez, los germanófilos me fusilan, ó me encierran en un manicomio.

(2) Aunque me es doloroso citar estos dos últimos ejemplos, me veo obligado á ello, para responder á los que dicen que el número venc siempre con las armas modernas.

INGLATERRA Y TRANSVAAL

(Continuación.)

A este sistema de combate le faltan ciertamente los rasgos típicos de los modernos métodos de guerra, peculiares á grandes ejércitos, así como también los éxitos, en grande ó pequeña escala, que pueda producir la iniciativa individual en el combate; porque los boers, inclinados como están á las operaciones de la pequeña guerra, no conocen las cargas de caballería ni los golpes audaces efectuados por vanguardias ó fracciones destacadas. Pero, por esta razón cosechan los frutos de la prudencia, de saber acomodar sus movimientos al terreno, á la fuerza propia, y á la conducta del enemigo; y ven igualmente recompensados sus esfuerzos para envolver lenta y sistemáticamente los flancos del enemigo, y aparecer á sus espaldas por medio de marchas forzadas, demostrando así un elevado concepto de la estrategia y de la táctica é imprimiendo á las operaciones un carácter particular que sorprende á sus adversarios. El detenido examen de todas las eventualidades, la adopción de medidas previsoras para atenuar los efectos de una derrota, y una gran perseverancia y energía en la ejecución del plan adoptado, son los signos que caracterizan los procedimientos de guerra de los boers. Puede descubrirse este sistema en el tránsito de la operación estratégica, que tuvo por base el avance concéntrico contra la posición inglesa en el norte de Natal, á la acción táctica contra las tropas de White; y más claramente se manifiesta aún en la continuación de la ofensiva estratégica, una vez que estuvieron seguros de haber anulado la división inglesa encerrada en Ladysmith.

Rotas de nuevo las hostilidades, fracasadas que fueron las negociaciones abiertas en 3 de noviembre para la capitulación de White, y recibidas noticias de la llegada de refuerzos ingleses á Durbán, no vaciló un momento Joubert en continuar las operaciones hacia el sur para impedir cualquier tentativa de socorro á Ladysmith. Retirando aquellas fuerzas que no consideraba ya necesarias para mantener el cerco de las tropas de White, puesto que éstas habían disminuído en 3.000 hombres desde el 3 de noviembre, formó tres columnas, de las cuales una estaba destinada á reforzar el cuerpo boer todavía situado en Colenso, y las otras dos tenían que marchar, independientemente, á Weenen y Greytown.

Atendiendo á las operaciones de estos cuerpos boers, vemos que efectuaron un avance concéntrico en la dirección general de Pietermaritzburg. El cuerpo que estaba en Colenso no utilizó para ello la carretera que corre paralela á la vía férrea, sino que marchó al oeste de esta última; el cuerpo principal, mandado, según se supone, por Lucas Meyer, llegó el 12 de noviembre á Weenen; el tercero se encontraba en esta fecha en marcha hacia Greytown. Cooperó á esta operación el cuerpo boer que había penetrado en el territorio de Zululandia, franqueando al efecto el Tugela inferior y amenazando desde las inmediaciones de Stanger las comunicaciones entre Pietermaritzburg y Durbán.

Esta continuación de la ofensiva, combinada con una gran conversión á la derecha, parece que se efectuó con el objeto de atacar concéntricamente Pietermaritzburg. Sin embargo, no pudo realizarse este plan por la circunstancia de que al desembarcar los primeros refuerzos (segunda brigada con el general Hil-

dyard) se dió orden á las tropas retiradas de Colenso y Ladysmith (coronel Cooper y general Murray) que se sostuvieran en Estcourt mientras en dirección á este punto acudía por ferrocarril la mencionada segunda brigada. A consecuencia de esto quedó detenido delante de Estcourt un cuerpo boer de unos 7.000 hombres, mandado por el general Botha, que entretanto había avanzado por la carretera de Colenso sin perder la unión con las tropas del cerco de Ladysmith; el cuerpo que se encontraba antes frente á Estcourt, y que había avanzado al oeste de la vía férrea, conversó hacia la línea Ulundi Courton contra el flanco izquierdo de los ingleses, haciendo lo propio contra el flanco derecho el cuerpo que marchaba por Weenen, mientras que el enviado á Greytown debía aproximarse á marchas forzadas y tomar posición junto á Pietermaritzburgo, cubriendo el cerco de Estcourt. El cuerpo que había pasado el Tugela inferior debía quedar disponible para amenazar las comunicaciones entre Durbán y Pietermaritzburg. De esta manera se realizaron los mismos movimientos preliminares que habían conducido al cerco de Ladysmith, y pareció cernerse sobre los ingleses de Estcourt la misma amenaza que antes se había proyectado contra Pietermaritzburg.

También en los demás territorios del teatro de operaciones habían hecho progresos los boers, aunque no en la forma de grandes éxitos. Ciertamente que Mafeking y Kimberley no habían capitulado todavía, no obstante haber recibido refuerzos aquellos cuerpos sitiadores y no haber cesado el bombardeo de ambas plazas; pero los combates que á diario se han efectuado en los alrededores de ellas indican, sin embargo, que no está lejano el momento de la capitulación si no reciben pronto socorro.

Al sur del Estado de Orange invadieron la Colonia del Cabo unos 6 000 hombres, á los que se enviaron refuerzos con artillería gruesa desde Pretoria. Posesionándose de todos los puentes sobre el río Orange, avanzaron hacia el sur, formando tres cuerpos: el ala derecha—2.000 hombres—en dirección á De Aar Junktion, donde se suponían 700 hombres de tropas regulares inglesas y unos 1.000 voluntarios; el centro—1.000 hombres,—á lo largo de la vía férrea de Colesberg, en dirección á Middelburg; el ala izquierda—3.000 hombres,—hacia Port Elizabeth; mientras la reserva—4.000 hombres,—permanecía en Bethulia, para enviarla en una ú otra dirección. Las comunicaciones que desde De Aar conducen á Kimberley, pasando por Hopetown, donde los ingleses hicieron volar el puente sobre el río Orange, fueron cortadas por los boers, así como también el ferrocarril de Colesberg á Bethulia. Se conservaban todavía intactos, pero estaban preparados para ser destruídos, los puentes sobre el río Orange situados en la frontera del Estado libre. Se supone que este avance de los boers obedece á la idea de apoderarse de la cordillera Schneeberg, que se extiende de este á oeste á unos 100 ó 120 kilómetros al sur de Bethulia, con el fin de oponerse á toda ofensiva de los ingleses. Esta conjetura no debe tener fundamento, dadas las fuerzas de los boers, la gran extensión de aquella cordillera, y la circunstancia de presentar la línea del Orange una posición defensiva mucho más fuerte. Más probable puede ser que esta invasión de los boers en la Colonia del Cabo tenga por objeto exclusivo fomentar y facilitar la agrupación de los africanos descontentos en derredor de las banderas de ambas repúblicas.

Ocupémonos ahora en las medidas adoptadas por Inglaterra para introducir un cambio radical en la situación militar.

La crisis que amenazaba á Ladysmith y las primeras derrotas de los ingleses fueron para éstos de un efecto fatal, por cuanto determinó un fraccionamiento de los refuerzos que llegaban, disponiendo sir Buller que parte de las tropas fueran destinadas al Natal, mientras que las demás, según pudo colegirse de la presencia de los comandantes de división lord Methuen y Gatacre en Orange River Station y Queenstown, respectivamente, debían tomar la ofensiva desde la Colonia del Cabo, correspondiendo á lord Methuen la misión de socorrer á Kimberley, y á Gatacre la de amenazar el Estado de Orange desde el sur. Con los restos de la 4.^a división, que se encontraba al principio en Natal (Natal field force), no se podía contar, así como tampoco con la 5.^a división, que debía llegar después del 12 de diciembre. La distancia entre Inglaterra y el teatro de operaciones, y, sobre todo, la deficiencia de sus preparativos militares y el retraso en enviar los refuerzos, tuvieron desde el principio la funesta consecuencia de empeñar las fuerzas sucesivamente y con grandes intervalos de tiempo, y en los momentos que consideramos aparecía, como resultado desastroso de la debilidad inicial de las tropas inglesas y de las derrotas por esta causa sufridas, la separación, en distancia de sus refuerzos. Y, así como á la llegada tardía de éstos debe atribuirse la derrota de las tropas aisladas de White, también el destino de los refuerzos disponibles á zonas de operaciones muy distantes entre sí encierra el peligro de la destrucción en detalle.

Además, conviene fijarse en la composición de los refuerzos que desembarcaron en Durban bajo el mando del teniente general Clery. Cierta es que deben acogerse con reserva las noticias que se publican, toda vez que los ingleses han declarado oficialmente que no dejarían transmitir á Europa noticia alguna, ó tan sólo las falsas. Sin embargo, había ciertos indicios, y en particular la presencia de lord Mathuen en Orange River por una parte, y la del general Buller en Natal por otra, que parecían confirmar que no desembarcó en Durban un cuerpo orgánico, sino la 2.^a brigada de la 1.^a división, la 6.^a de la 3.^a, y la 4.^a de la 2.^a, reunidas estas tres brigadas bajo el mando del comandante de la 2.^a división, general Clery. Cuáles fueran las razones que motivaran esta mezcla de unidades orgánicamente independientes, y si se tendría en cuenta el momento de llegada de cada una de ellas al Africa del Sur, es asunto que no está dilucidado. Basta con indicar que, á pesar de la mínima importancia que, según el sistema inglés de movilización y organización, se concede á la conservación del orden en batalla, ha de tener pésimas consecuencias una amalgama tal de unidades procedentes de todas las divisiones, aunque no sea más que con respecto á los servicios de abastecimiento. No negaremos que el general en jefe, sir Buller, dejara de considerar esto, pero como es un hecho la alteración esencial que se introdujo en el orden de batalla, debemos atribuir aquélla únicamente á la precipitación y desorden que reinaron en el envío de refuerzos á Natal.

También, con respecto á la fuerza de estos últimos, debe ponerse en duda si se atendió bastante á las circunstancias de las operaciones. Suponiendo esta fuerza en 25.000 hombres, incluyendo la que ya se encontraba en Natal y las tropas de desembarco de los buques de guerra estacionados en aguas sudafricanas, un examen superficial de las posiciones de los boers conocidas por nosotros y de las demás circunstancias principales que esta fuerza apenas podía bastar para producir en Natal un cambio de situación rápido y permanente.

La imperiosa obligación de defender Durban y las comunicaciones que conducen á Pietermaritzburg, cuya medida era también impuesta por la presencia de un fuerte cuerpo boer en las inmediaciones de Stanger, y la desconfianza que habían de inspirar la población y las masas de fugitivos reunidas en Durban y Pietermaritzburg, justifican la creencia de que los ingleses, en Estcourt, no tenían que esperar refuerzo alguno de Durban. Las últimas tropas desembarcadas, junto con las que de antemano se hallaban en Durban, tenían bastante trabajo con proteger la línea férrea Durban-Pietermaritzburg contra todo ataque del norte.

Pero prescindamos de continuar haciendo la crítica de las circunstancias, todavía no esclarecidas, que determinaron las primeras operaciones del cuerpo de refuerzo, y reconozcamos en los ingleses el propósito de batir á los boers obligándoles á evacuar Natal; veremos que, aun en este caso, al llegar á Ladysmith había de empezar la parte más difícil de la empresa. Ocupando los boers los pasos de Van Reenens, Tintwa, y Bezuidenhout, conseguirían una posición tan fuerte que podrían paralizar toda operación ulterior de los ingleses. Además de ser muy apropiada aquella para rechazar un ataque de frente, amenaza de de flanco cualquier movimiento de los ingleses, ya sea en dirección á New Castle ó á Dundee, cuyos puntos pueden además ser directamente defendidos guarneciendo el desfiladero de Helpmakaar, de tal manera, que no se concibe semejante operación sin un ataque simultáneo de frente. Para la combinación de ambas formas de ataque faltaba, sin embargo, á los ingleses el número suficiente de fuerzas, tanto más, cuanto que, dada la configuración del terreno, era posible, hasta con notable inferioridad de fuerzas, defender con éxito aquéllos pasos, y cualquier fracaso que se experimentara en el ataque de frente era de mucha trascendencia, por la amenaza inmediata contra el flanco izquierdo de los ingleses en dirección á su línea de comunicaciones y retirada.

Pudiera intentarse el examen de la combinación de la expresada ofensiva de los ingleses en Natal con las operaciones para el socorro de Kimberley y con las emprendidas desde el sur contra Bloemfontein, efectuándose así un ataque concéntrico contra el Estado de Orange desde el oeste, sur, y este. Pero tampoco bajo este concepto les resultarían á los ingleses mayores facilidades, pues los obstáculos que se opusieran al avance de ambas alas habían de ser siempre los mismos y permitirían á los boers, utilizando la vía férrea que corre por su línea interior, contener una de las partes, mientras reunían superioridad de fuerzas contra la otra y la batían aisladamente.

Los sucesos en el teatro de la guerra sudafricano han atenuado mucho en Inglaterra el entusiasmo bélico, y han producido también un cambio notable en la opinión pública. Debe reconocerse, sin duda, que la prensa inglesa elude de una manera digna el cargar la responsabilidad de las derrotas sufridas sobre una ú otra *victima*, y que el pueblo inglés soporta los últimos fracasos con gran calma y plena conciencia de su fuerza. De todas maneras, llama la atención lo siguiente, que escribe el periódico *Globe*: « Antes de empezar la guerra hubiera parecido increíble que en el intervalo de tres semanas los boers tenían que cercar totalmente en Ladysmith 10.000 soldados británicos, muy bien equipados, después de haberles obligado á retirarse á 100 millas de la frontera. Y, en realidad, disponen de tal fuerza numérica, que, mientras intentan apoderarse por

bombardeo de este importante punto, pueden destacar para otra operación al sur parte de los kommandos de Joubert. Seguro es, por lo tanto, que las fuerzas de Orange y Transvaal reunidas hoy en Natal triplican en número la guarnición de Ladysmith, y esta superioridad numérica permite por de pronto á los boers ser dueños de la situación en Natal.»

Esta opinión de los ingleses equivale á confesar que tuvieron antes una idea muy exagerada de sus propias fuerzas, y que, sin motivo alguno, menospreciaron las de los boers, cometiendo así una falta de consecuencias gravísimas, por cuanto ella es la única causa de las deficiencias en la preparación militar de Inglaterra, aun á pesar de las manifestaciones del ministro de la Guerra inglés al negar la posibilidad de concertar la acción diplomática y la militar en los preludios de una guerra.

Las operaciones concéntricas de los boers contra Pietermaritzburg y la conducta al parecer seguida por el teniente general Clery enviando á Estcourt las primeras tropas llegadas á Natal con el fin de reforzar el frente, ocasionaron el cerco de dos grupos ingleses, de unos 2.000 hombres cada uno: el primero, á las órdenes del general Hildyard, en Estcourt; y el otro, mandado por el general Barton, 30 kilómetros más al sur, en Weston, sobre el río Mooi. Las fuerzas boers que no eran necesarias para tener en jaque estos dos destacamentos separados, así como también aquellas otras que habían avanzado en dirección á Greytown, trataron de ocupar una posición defensiva en las inmediaciones de Pietermaritzburg para oponerse al avance de refuerzos ingleses procedentes de Durban, mientras que el cuerpo Schalk Burghers, desde el río Tongaatí, amenazaba la línea de comunicaciones inglesa Durban-Pietermaritzburg.

Esta situación era completamente adecuada para proporcionar á los boers grandes triunfos, si la fuerza expansiva y las aptitudes de sus tropas estaban en relación exacta con las exigencias que imponía el problema de someter rápidamente los destacamentos cercados en Estcourt y río Mooi. La necesidad de una ofensiva pronta, enérgica, atenta sólo á producir un acto decisivo, era para los boers tanto más imperiosa, cuanto que, por la llegada continua de refuerzos ingleses, habían de conseguir éstos la superioridad numérica contra las fuerzas boers situadas junto á Pietermaritzburg, y se exponían los últimos á un golpe desastroso. Y, en efecto, podían en tales circunstancias esperarse sucesos importantes, puesto que el generalísimo del cuerpo expedicionario inglés, sir Buller, marchó apresuradamente á Natal para intervenir personalmente en el cambio de situación que deseaban los ingleses.

(Continuará)

Traducido del «Militär-Wochenblatt» por el

MARQUÉS DE ZAYAS,

Comandante de Estado Mayor.